

La Serpiente Cósmica, por Jeremy Narby

2011-10-28 08:43:19

El DNA y los orígenes del conocimiento

La primera vez que un hombre Ashaninca me contó que había aprendido las propiedades medicinales de las plantas bebiendo un brebaje alucinógeno, creí que estaba bromeando. Estábamos en un bosque sentados en cucullas junto a un matorral cuyas hojas, afirmó, podían curar la mordedura de una serpiente mortal. “Uno aprende estas cosas bebiendo ayahuasca,” dijo. Pero no estaba sonriendo.

Fue a principios de 1985, en la comunidad de Quirishari en el Valle de Pichis en el Amazonas peruano. Yo tenía 25 años y estaba empezando un período de dos años de trabajo de campo para obtener un doctorado en antropología de la Universidad de Stanford. Mi formación me había conducido a esperar que la gente contara cuentos chinos. Creí que mi trabajo como antropólogo era descubrir lo que realmente pensaban, como una especie de detective privado.

Durante mi investigación sobre la ecología Ashaninca, la gente en Quirishari regularmente mencionó el mundo alucinatorio de los ayahuasqueros, o chamanes. En conversaciones sobre plantas, animales, tierra, o la selva, se referían a los ayahuasqueros como la fuente de conocimiento. Cada vez que decían esto, me preguntaba a mí mismo a qué se referían realmente.

Mi trabajo de campo concernía al uso de recursos Ashaninca – con énfasis particular en sus técnicas racionales y pragmáticas. Enfatizar el origen alucinatorio del conocimiento ecológico Ashaninca hubiera sido contraproducente al argumento principal subyacente a mi investigación. Sin embargo, el enigma seguía estando ahí: Estas personas extremadamente prácticas y francas, viviendo casi de forma autónoma en la selva amazónica, insistían en que su amplio conocimiento botánico procedía de alucinaciones inducidas por plantas. ¿Cómo podía esto ser cierto?



El enigma todavía era más intrigante porque el conocimiento botánico de los indígenas del Amazonas ha sorprendido a los científicos durante largo tiempo. La composición química de la ayahuasca es un ejemplo que hace al caso. Los chamanes amazónicos han preparado ayahuasca durante milenios. El brebaje es una combinación necesaria de dos plantas, que deben ser hervidas juntas durante horas. La primera contiene una sustancia alucinógena, dimethyltriptamina, que también parece ser segregada por el cerebro humano; pero este alucinógeno no tiene ningún efecto cuando se traga, porque un enzima del estómago llamado monoamino oxidasa lo bloquea. De todas formas, la segunda planta, contiene algunas sustancias que desactivan esta enzima estomacal concreta, permitiendo que el alucinógeno alcance el cerebro.

Así que aquí hay gente sin microscopios electrónicos que elige, de entre unas 80,000 especies de plantas amazónicas, las hojas de un arbusto que contienen una hormona alucinógena del cerebro, que combinan con una trepadora contenedora de sustancias que desactivan una enzima del aparato digestivo, que si no bloquearía el efecto alucinógeno. Y hacen esto para modificar su conciencia.

Es como si tuvieran conocimiento sobre las propiedades moleculares de plantas y sobre el arte de combinarlas, y cuando uno les pregunta cómo saben estas cosas, dicen que su conocimiento viene directamente de las plantas alucinógenas.

No había venido a Quirishari para estudiar este tema, que para mí se relaciona con la mitología indígena. Incluso consideré que el estudio de la mitología era un pasatiempos inútil y “reaccionario”. Mi focalización como antropólogo era el desarrollo de los recursos Ashaninca. Estaba intentando demostrar que el verdadero desarrollo consistía, en primer lugar, en reconocer los derechos territoriales de los indígenas. Mi punto de vista era materialista y político, más que místico – aún así me quedé bastante impresionado con el pragmatismo de los Quirishari.

Éstas son personas que enseñan mediante el ejemplo, más que con explicaciones. Los padres animan a sus hijos a acompañarles en su trabajo. La frase “deja a papá tranquilo porque está trabajando” es desconocida. La gente desconfía de los conceptos abstractos. Cuando una idea parece realmente mala, dirán sin tomárselo demasiado en serio: “Es pura teoría”. Las dos palabras clave que surgían una y otra vez en las conversaciones eran práctica y táctica – sin duda, puesto que son requisitos para vivir en la selva.

Después de aproximadamente un año en Quirishari, me di cuenta de que el sentido práctico de mis anfitriones era mucho más fiable en su entorno que mi comprensión de la realidad procedente de la formación académica. Su conocimiento empírico era innegable, pero sus explicaciones sobre el origen de su conocimiento eran increíbles para mí. Mi actitud era ambivalente. Por un lado, quería entender lo que pensaban – por ejemplo, sobre la realidad de los “espíritus” – pero por el otro, no podía tomar seriamente lo que decían porque no lo creía.

Cuando dejé Quirishari, supe que no había resuelto el enigma del origen alucinatorio del conocimiento ecológico Ashaninca. Partí con la extraña sensación de que el problema tenía que ver más con mi incapacidad de comprender lo que la gente había dicho que con la insuficiencia de sus explicaciones. Siempre habían usado palabras muy simples.

En junio de 1992, fui a Río para asistir a la conferencia mundial sobre el desarrollo y el medio ambiente. En la “Cumbre de la Tierra”, como fue conocida, todo el mundo estaba hablando sobre el conocimiento ecológico de los indígenas, pero ciertamente nadie estaba hablando sobre el origen alucinatorio de una parte, tal como afirman los mismos indígenas.

Los colegas preguntaban: “¿Quieres decir que los indios afirman que reciben información molecular verificable de sus alucinaciones? ¿No lo creerás, verdad?”. ¿Qué podía responder? No hay nada que se

pueda decir sin contradecir dos principios fundamentales del conocimiento occidental.

Primero, las alucinaciones no pueden ser la fuente de la información real, porque considerarlas como tal es la definición de psicosis. El conocimiento occidental considera que las alucinaciones son, en el mejor de los casos, ilusiones y, en el peor, un fenómeno patológico.

Segundo, las plantas no comunican como los seres humanos. Las teorías científicas de comunicación consideran que sólo los seres humanos utilizan símbolos abstractos como palabras e imágenes y que las plantas no retransmiten información en forma de imágenes mentales. Para la ciencia, el cerebro humano es la fuente de alucinaciones, que las plantas psicoactivas desencadenan meramente por medio de las moléculas alucinógenas que contienen.

Fue en Río donde me di cuenta de la magnitud del dilema formulado por el conocimiento alucinatorio de los indígenas. Por un lado, sus resultados son empíricamente confirmados y usados por la industria farmacéutica; por otro lado, su origen no puede ser debatido científicamente porque contradice los axiomas del conocimiento occidental.

Cuando comprendí que el enigma de la comunicación de las plantas era un punto ciego para la ciencia, sentí la llamada de llevar a cabo una profunda investigación del tema. Además, había llevado conmigo el misterio de la comunicación de las plantas desde mi estancia con los Ashaninca, y sabía que las exploraciones de contradicciones en la ciencia con frecuencia llevan a resultados fructuosos. Me pareció que esta cuestión requería dirigirse a establecer un diálogo serio con los indígenas sobre ecología y botánica.

Yo mismo ingerí ayahuasca en Quirishari, una experiencia que me enfrentó con un ámbito irracional y subjetivo terrorífico, aunque lleno de información. En los meses después, pensé bastante en lo que había dicho mi principal consultor Ashaninca, Carlos Pérez Suma. ¿Qué pasaría si fuera cierto que la naturaleza habla en señales y que el secreto para comprender su lenguaje consiste en darse cuenta de las similitudes en la configuración o la forma? ¿Qué pasaría si lo tomara literalmente?

Me gustó esta idea y decidí leer los textos antropológicos sobre chamanismo, prestando no sólo atención a su contenido sino a su estilo. Pegué una nota en la pared de mi despacho: "Mira la FORMA."

Una cosa se hizo clara cuando pensé en mi estancia en Quirishari. Cada vez que había dudado sobre las explicaciones de uno de mis consultores, mi comprensión de la visión de la realidad de los Ashaninca se había agarrotado; por el contrario, en las raras ocasiones en las que había conseguido silenciar mis dudas, mi comprensión de la realidad local había aumentado – como si hubiera veces en las que uno debía creer para ver, más que a la inversa.

Se me había hecho claro que los ayahuasqueros en sus visiones conseguían acceder de alguna forma a información verificable sobre las propiedades de las plantas. Por ello, razoné, el enigma del conocimiento alucinatorio podía ser reducido a una cuestión: ¿Provenía esta información desde el interior del cerebro humano, tal como afirmarían el punto de vista científico, o desde el mundo exterior de las plantas, como afirmaban los chamanes?

Ambas perspectivas parecían presentar ventajas e inconvenientes.

Por una parte, la similitud entre los perfiles moleculares de los alucinógenos naturales y de la serotonina parecía indicar realmente que estas sustancias trabajan como llaves que encajan en la misma cerradura dentro del cerebro. De todas formas, no podría estar de acuerdo con la postura científica según la que las alucinaciones son meramente descargas de imágenes almacenadas en compartimentos de la memoria

subconsciente. Estaba convencido de que las enormes serpientes fluorescentes que había visto gracias a la ayahuasca no correspondían de ninguna manera con nada de lo que hubiera podido soñar incluso en mis más extremas pesadillas.

Además, la velocidad y coherencia de algunas de las imágenes alucinatorias excedía en muchos grados a los mejores vídeos de rock, y sabía que no hubiera sido capaz de filmarlas.

Por otra parte, cada vez me parecía más fácil suspender la incredulidad y considerar el punto de vista indígena como potencialmente correcto. Después de todo, existía todo tipo de puntos ciegos y contradicciones en el conocimiento científico de los alucinógenos, que en principio parecía tan fiable: los científicos no saben cómo afectan estas sustancias a nuestra conciencia, ni han estudiado verdaderos alucinógenos en detalle. Ya no me parecía irrazonable considerar que la información sobre el contenido molecular de las plantas podía realmente proceder de las mismas plantas, tal como afirmaban los ayahuasqueros. De todas formas, fracasé en ver cómo esto podría funcionar concretamente.

Quizás encontraría la repuesta mirando ambas perspectivas simultáneamente, un ojo en la ciencia y el otro en el chamanismo. Por ello, la solución consistiría en formular la pregunta de otra manera: No se trataba de preguntar si la fuente de las alucinaciones es interna o externa, sino de considerar que pudieran ser ambas a la vez. No podía ver de qué manera esta idea funcionaría en la práctica, pero me gustó porque reconciliaba dos puntos de vista aparentemente divergentes.

Mi investigación reveló que a principios de los 60, el antropólogo Michael Harner fue al Amazonas peruano para estudiar la cultura de los indios Conibo. Después de aproximadamente un año, había avanzado poco en la comprensión de su sistema religioso cuando los Conibo le contaron que si realmente quería aprender, tenía que beber ayahuasca. Harner aceptó, no sin miedo, porque la gente le había avisado de que la experiencia era terrible. La tarde siguiente, bajo la estricta supervisión de sus amigos indígenas, bebió el equivalente a un tercio de una botella. Después de algunos minutos, se encontró cayendo en un mundo de verdaderas alucinaciones.

Vio que sus visiones emanaban de “criaturas reptiles gigantes” descansando en las más bajas profundidades de su cerebro. Estas criaturas empezaron a proyectar escenas frente a sus ojos. “Primero me mostraron el planeta Tierra tal como era hace eones, antes de que hubiera vida en él. Ví un océano, una tierra estéril y un luminoso cielo azul. Luego caían cientos de pequeñas motas negras del cielo y caían frente a mí sobre el paisaje estéril. Podía ver que las “motas” eran en realidad grandes, brillantes y negras criaturas con alas achaparradas en forma pterodáctil y grandes cuerpos en forma de ballena... Me explicaron en una especie de lenguaje de pensamiento que estaban huyendo de algo fuera en el espacio. Habían venido al planeta Tierra para escapar de su enemigo. Entonces las criaturas me mostraron cómo habían creado la vida en el planeta para esconderse en las múltiples formas y así disfrazar su presencia. Ante mí, tuvo lugar la magnificencia de la creación y la generación de las especies vegetales y animales – cientos de millones de años de actividad – a una escala y con una intensidad imposibles de describir. Aprendí que las criaturas parecidas a dragones estuvieron así dentro de todas las formas de vida, incluido el hombre.”

En este punto de su relato, Harner escribe en una nota a pie de página: “En retrospectiva, se podría decir que eran casi como el DNA, aunque en esa época, 1961, no sabía nada sobre el DNA.”

Previamente, no había prestado atención a esta nota. Realmente, había DNA en el cerebro humano, al igual que en el mundo exterior de las plantas, dado que la molécula de la vida que contiene la información genética es la misma para todas las especies. De este modo, el DNA podía ser considerado como una fuente de información tanto externa como interna – en otras palabras, justamente lo que había estado intentando imaginar.

Volví al libro de Harner pero no encontré otra mención del DNA. De todas maneras, unas páginas más adelante, Harner anota que el “dragón” y la “serpiente” son sinónimos. Esto me hizo pensar que la doble hélice del DNA se parecía, en su forma, a serpientes entrelazadas.

Las criaturas reptiles que Harner había visto en su cerebro me recordaron algo, pero no podía decir qué. Después de hurgar en mi despacho durante un rato, puse mi mano sobre un artículo llamado “Cerebro y Mente en el Chamanismo Desana” por Gerardo Reichel-Dolmatoff. Pasando las páginas, paré en un dibujo Desana de un cerebro humano con una serpiente colocada entre los dos hemisferios.

Algunas páginas más allá, encontré un segundo dibujo, esta vez con dos serpientes. Según Reichel-Dolmatoff, dentro de la fisura “reposan dos serpientes entrelazadas... En el chamanismo Desana estas dos serpientes simbolizan un principio femenino y masculino, una imagen de una madre y un padre, agua y tierra...; brevemente, representan un concepto de oposición binaria que debe ser superada para alcanzar la conciencia e integración individual. Se imagina que las serpientes dan vueltas en espiral rítmicamente en un movimiento oscilante de un lado a otro.”

Con relación a las creencias cosmológicas básicas de los Desana, Reichel-Dolmatoff escribe: “Los Desana dicen que al principio de los tiempos sus antepasados llegaron en canoas en forma de grandes serpientes.”

Me sorprendí por las similitudes entre el relato de Harner, basado en su experiencia alucinógena con los indios Conibo en el Amazonas peruano, y los conceptos chamánicos y mitológicos de unas personas que usan la ayahuasca, que viven a mil millas de distancia en el Amazonas colombiano. En ambos casos, había reptiles en el cerebro y barcos en forma de serpiente de origen cósmico eran naves de vida a principios de los tiempos. ¿Pura coincidencia?

Para informarme, tomé un libro sobre otra gente que utiliza la ayahuasca, titulado (en francés) Visión, Conocimiento, Poder: El Chamanismo entre los Yagua en el Noreste de Perú. En este estudio de Jean-Pierre Chaumeil (a mi modo de ver, uno de los más rigurosos en este tema), encontré una “serpiente celestial” en un dibujo del universo hecho por un chamán Yagua. Luego, una página más adelante, se comenta que otro chamán dice: “Al principio de los tiempos, antes del nacimiento de la Tierra, esta Tierra, nuestros antepasados más distantes vivieron en otra tierra...” Chaumeil añade que los Yagua consideran que todos los seres vivos fueron creados por gemelos, que son “los dos caracteres centrales del pensamiento cosmogónico Yagua.”

Estas correspondencias parecían muy extrañas, y no sabía qué hacer de ellas. O mejor dicho, podía ver una forma fácil de interpretarlas, pero contradecía mi comprensión de la realidad: Un antropólogo occidental como Harner bebe una fuerte dosis de ayahuasca con una persona y consigue llegar, en medio del siglo XX, a un mundo que informa sobre los conceptos “mitológicos” de otras gentes y les permite comunicar con espíritus creadores de vida de origen cósmico posiblemente vinculados al DNA. Esto me pareció altamente improbable, si no imposible. Aún así, había decidido seguir mi investigación hasta su conclusión lógica. De esta manera, escribí en el margen del texto de Chaumeil: “¿gemelos = DNA?”

Estas conexiones indirectas y analógicas entre el DNA y las esferas alucinatorias y mitológicas me parecían divertidas, o muy intrigantes. Sin embargo, empecé a pensar que quizás había encontrado con el DNA el concepto científico en el que focalizar un ojo, mientras mantenía el otro focalizado en el chamanismo de los ayahuasqueros amazónicos.

En este punto, mientras seguía buscando nuevas conexiones entre el chamanismo y el DNA, recibí una carta de un amigo quien sugirió que el chamanismo quizá fuera “intraducible a nuestra lógica por falta de conceptos correspondientes.” Comprendí lo que quiso decir, e intenté ver exactamente si el DNA, sin ser

exactamente equivalente, pudiera ser el concepto que mejor tradujera aquello que los ayahuasqueros mencionaban.

Mientras sobrevolaba los escritos de las autoridades en mitología, descubrí con sorpresa que el tema de seres gemelos creadores de origen celestial era extremadamente común en Sudamérica, y, en efecto, en todo el mundo. La historia que los Ashaninca cuentan sobre Avírerí y su hermana, que crearon la vida mediante la transformación, sólo era una de entre cientos de variantes sobre el tema de los “gemelos divinos.”

Otro ejemplo es la serpiente plumada de los Aztecas, Quetzalcoatl, que simboliza la “energía sagrada de la vida”, y su hermano gemelo Tezcatlipoca, ambos hijos de la serpiente cósmica Coatlicue.

Cuando leí el siguiente pasaje del último libro de Claude Lévi-Strauss, salté: “En azteca, la palabra coatl significa tanto “serpiente” como “gemelo”. Por eso, el nombre Quetzalcoatl puede ser interpretado o bien como “Serpiente plumada”, o bien como “Magnífico gemelo”.

¿Una serpiente gemela, de origen cósmico, que simboliza la energía sagrada de la vida? ¿Entre los aztecas? Me preguntaba qué significaban todos estos seres gemelos en los mitos de la creación de los indígenas. Estaba intentando mantener un ojo en el DNA y el otro en el chamanismo para descubrir el terreno común entre ambos. Revisé las correspondencias que había encontrado hasta entonces. Reflexionando sobre este bloque mental, volví a las palabras de Carlos Pérez Suma: “Mira la FORMA”

Había buscado DNA en diversas enciclopedias y me había dado cuenta de que, la mayoría de las veces, la forma de la doble hélice se describía como una escalera, o una escalera de cuerdas entrelazadas, o como una escalera espiral. Fue durante el siguiente segundo, mientras me preguntaba si existían escaleras en el chamanismo, que ocurrió la revelación: “¡LAS ESCALERAS! ¡Las escaleras de los chamanes, “símbolos de la profesión” según Métraux, presentes en temas chamánicos en todo el mundo según Eliade!”

Volví corriendo a mi despacho y me sumergí en el libro de Mircea Eliade Chamanismo: Técnicas arcaicas de Éxtasis y descubrí que había “innumerables ejemplos” de escaleras chamánicas en los cinco continentes, aquí una “escalera espiral”, ahí una “caja de escalera” o “cuerdas trenzadas”. En Australia, Tibet, Nepal, el antiguo Egipto, África, América del Norte y Sudamérica, “el simbolismo de la cuerda, así como el de la escalera, implica necesariamente comunicación entre el cielo y la tierra. Es mediante una cuerda o escalera (como, también, mediante una trepadora, un puente, una cadena de arnyaw, etc.) que los dioses descienden a la tierra y los hombres suben al cielo.”

Eliade incluso cita un ejemplo del Antiguo Testamento, donde Jacob sueña con una escalera que llega hasta el cielo, “con los ángeles divinos subiendo y bajando por ella.” Según Eliade, la escalera chamánica es la primera versión de la idea de un eje del mundo, que conecta los distintos niveles del cosmos, y que se encuentra en numerosos mitos de la creación en forma de árbol.

Hasta entonces, había considerado la obra de Eliade con recelo, pero de pronto la vi con una nueva luz. Empecé a consultar sus otros escritos que estaban en mi biblioteca y descubrí: serpientes cósmicas. Esta vez eran los aborígenes australianos quienes consideraban que la creación de la vida era obra de un “personaje cósmico relacionado con la fecundidad universal, la serpiente arco-iris”, cuyos poderes eran simbolizados por cristales de cuarzo.

¿Cómo era posible que los aborígenes australianos, separados del resto de la humanidad durante 40.000 años, contaran la misma historia sobre la creación de la vida por una serpiente cósmica asociada con un cristal de cuarzo, tal como cuentan los indígenas amazónicos bebedores de ayahuasca? Las conexiones

que estaba empezando a percibir estaban haciendo desaparecer el campo de aplicación de mi investigación. ¿Cómo podían las serpientes cósmicas de Australia ayudar en mi análisis del uso de alucinógenos en el Oeste del Amazonas?

Intenté responder a mi propia pregunta: Primero, la cultura occidental se ha separado del principio de la serpiente / vida, en otras palabras del DNA, desde que adoptó un punto de vista exclusivamente racional. Segundo, las personas que practican lo que llamamos “chamanismo” comunican con el DNA. Tercero, paradójicamente, la parte de la humanidad que se separó de la serpiente consiguió descubrir su existencia material en un laboratorio unos tres mil años más tarde.

Las personas utilizan diferentes técnicas en diferentes lugares para acceder al conocimiento del principio vital. En sus visiones los chamanes consiguen bajar su conciencia al nivel molecular.

Así es como aprenden a combinar hormonas cerebrales con inhibidores del monoamino oxidasa o como descubren 40 fuentes diferentes de paralizadores de músculos, mientras que la ciencia sólo ha sido capaz de imitar sus moléculas. Cuando dicen que su conocimiento procede de seres que ven en sus alucinaciones, sus palabras significan exactamente lo que dicen.

Según los chamanes de todo el mundo, uno establece la comunicación con los espíritus por medio de la música. Para los ayahuasqueros, es casi inconcebible entrar en el mundo de los espíritus y permanecer en silencio. Angelika Gebhart-Sayer debate la “música visual” proyectada por los espíritus frente a los ojos de los chamanes: Está formada por imágenes tridimensionales que se funden en el sonido y que el chamán imita emitiendo las correspondientes melodías. Debería verificar si el DNA emite o no emite sonido.

Pareció que nadie se había dado cuenta de los posibles vínculos entre los “mitos” de los “pueblos primitivos” y la biología molecular. Nadie había visto que la doble hélice había simbolizado durante miles de años en todo el mundo el principio de la vida. Por el contrario; todo estaba al revés. Se decía que las alucinaciones no podían de ninguna manera constituir una fuente de conocimiento, que los indios habían encontrado sus útiles moléculas por casualidad, y que sus “mitos” eran precisamente mitos, sin ninguna relación con el conocimiento real descubierto en los laboratorios.

En este punto, recordé que Michael Harner había dicho que esta información estaba reservada para los muertos y moribundos. De pronto, me sobrevino el miedo y sentí la urgencia de compartir estas ideas con otra persona. Descolgué el teléfono y llamé a un viejo amigo, que es también escritor. Rápidamente le informé de las correspondencias que había encontrado durante el día: los gemelos, las serpientes cósmicas, las escaleras de Eliade. Luego, añadí: “Hay una última correlación un poco menos clara que las otras. Los espíritus que se ven en las alucinaciones son imágenes tridimensionales que emiten sonido, y que expresan un lenguaje hecho por imágenes tridimensionales que emiten sonidos. En otras palabras, están hechas de su propio lenguaje, como el DNA.”

Hubo un largo silencio en el otro extremo de la línea.

Entonces, mi amigo dijo: “Sí, y al igual que el DNA se reproducen a sí mismas para retransmitir su información.” Apunté esto, y fue más tarde revisando mis notas sobre la relación entre los espíritus alucinatorios hechos de lenguaje y el DNA cuando recordé el primer verso del primer capítulo del Evangelio según San Juan: “Al principio fue el logos” – la palabra, el verbo, el lenguaje.

Esa noche me costó mucho dormirme.

Mi investigación me había llevado a formular la siguiente hipótesis: En sus visiones, los chamanes bajan

su conciencia al nivel molecular y consiguen acceder a información relativa al DNA, que denominan “esencias animadas” o “espíritus”. Aquí es donde ven dobles hélices, escaleras entrelazadas y formas de cromosomas. Así es como las culturas chamánicas han sabido durante milenios que el principio vital es el mismo para todos los seres vivos y que está formado por dos serpientes entrelazadas (o una trepadora, una cuerda, o escalera...). El DNA es la fuente de su impresionante conocimiento botánico y médico, que sólo puede ser logrado en estados de conciencia desfocalizados y “no-rationales”, aunque sus resultados son empíricamente verificables. Los mitos de estas culturas están llenos de metáforas biológicas. Y las explicaciones metafóricas de los chamanes corresponden con bastante precisión a las descripciones que los biólogos están empezando a proporcionar.

Al igual que el axis mundi de las tradiciones chamánicas, el DNA tiene la forma de una escalera retorcida (o una trepadora...); según mi hipótesis, el DNA fue, al igual que el axis mundi, la fuente del conocimiento y de las visiones chamánicas. Para estar seguro de esto necesitaba comprender de qué forma podía el DNA transmitir información visual. Sabía que emitía fotones, que son ondas electromagnéticas, y recordé lo que Carlos Pérez Suma me había contado cuando comparó los espíritus con “ondas de radio”: “Una vez que enciendes la radio, puedes captarlas. Es como con las almas; con la ayahuasca... puedes verlas y oírlas.” Así que busqué en la literatura los fotones de origen biológico, o “biofotones”.

A principios de los 80, gracias al desarrollo de un sofisticado aparato de medición, un equipo de científicos demostró que las células de todos los seres vivos emiten fotones en una proporción de hasta aproximadamente 100 unidades por segundo y por centímetro cuadrado de superficie. También demostraron que el DNA era la fuente de esta emisión de fotones.

Durante mis lecturas, aprendí con sorpresa que la longitud de onda en la que el DNA emite estos fotones corresponde exactamente a la banda estrecha de la luz visible. Sin embargo, esto no constituía una prueba de que la luz emitida por el DNA era lo que los chamanes veían en sus visiones. Además, había un aspecto fundamental de esta emisión de fotones que no podía comprender. Según los investigadores que lo midieron, su debilidad es tal que corresponde “a la intensidad de una vela a una distancia de aproximadamente 10 kilómetros”, pero tiene “un grado sorprendentemente alto de coherencia, cuando se compara al de los campos técnicos (láser)”.

¿Cómo podía una señal ultra-débil ser altamente coherente? ¿Cómo se podía comparar una vela distante con un “láser”?

Comprendí que en una fuente de luz coherente, la cantidad de fotones emitidos puede variar, pero los intervalos de emisión permanecen constantes. El DNA emite fotones con tal regularidad que los investigadores comparan el fenómeno a un “láser ultra-débil”. Hasta ahí alcancé a comprender, pero todavía no podía ver qué implicaba para mi investigación.

Volví a mi amigo periodista científico, quien me lo explicó inmediatamente: “Una fuente de luz coherente, como un láser, da la sensación de colores luminosos, una luminiscencia, y una impresión de profundidad holográfica.”

La explicación de mi amigo me proporcionó un elemento esencial. Las descripciones detalladas de las experiencias alucinatorias basadas en la ayahuasca mencionan invariablemente el color luminoso, y, según los autores del estudio de la dimethyltryptamine: “Los sujetos describieron los colores como más luminosos, más intensos, y profundamente saturados que aquellos vistos en una conciencia o en un sueño normal: Era el azul de un cielo desértico, pero en otro planeta. Los colores eran 10 a 100 veces más saturados.”

Casi era demasiado bueno para ser cierto. La emisión de fotones altamente coherente del DNA justificaba

la luminiscencia de las imágenes alucinatorias, así como sus aspectos tridimensionales o holográficos.

En base a esta conexión, ahora podía concebir un mecanismo neurológico para mi hipótesis. Las moléculas de nicotina o dimethyltriptamine, contenidas en la ayahuasca, activan sus respectivos receptores, que liberan una cascada de reacciones electroquímicas dentro de las neuronas, conduciendo a la simulación del DNA y, más concretamente, a su emisión de ondas visibles, que los chamanes perciben como “alucinaciones”.

Ahí, pensé, está la fuente del conocimiento: el DNA, viviendo en el agua y emitiendo fotones, como un dragón acuático que escupe fuego.

¿Me equivoco vinculando el DNA a estas serpientes cósmicas de alrededor del mundo, estas cuerdas del cielo y estos axis mundi? Algunos de mis colegas indudablemente dirían que sí. Me recordarían que los antropólogos del siglo diecinueve habían comparado culturas y elaborado teorías en base a las similitudes que habían encontrado. Cuando descubrieron, por ejemplo, que las gaitas no sólo se tocaban en Escocia, sino también en Arabia y Ucrania, establecieron conexiones falsas entre estas culturas. Entonces se dieron cuenta de que la gente podía hacer cosas similares por razones diferentes.

Desde entonces, la antropología se apartó de las generalizaciones garantizadas, denunció “los abusos del método comparativo”, y se encerró en la especificidad rozando la miopía. Con todo, evitando comparaciones entre culturas, uno acaba enmascarando verdaderas conexiones y fragmentando la realidad un poco más, sin ni siquiera darse cuenta.

¿Es la serpiente cósmica de los Shipibo-Conibo, los aztecas, los aborígenes australianos, y los antiguos egipcios la misma? No, responderán los antropólogos que insisten en la especificidad cultural; pero es hora de poner en duda su crítica. ¿Por qué insistir en desmontar la realidad, sin intentar nunca recomponerla de nuevo?

Según mi hipótesis, los chamanes bajan su conciencia al nivel molecular y consiguen acceder a información biomolecular. ¿Pero qué pasa realmente en el cerebro / la mente de un ayahuasquero cuando esto sucede? ¿Cuál es la naturaleza de la comunicación de un chamán con las esencias animadas de la naturaleza? La respuesta clara es que se necesita investigar más la conciencia, el chamanismo, la biología molecular y su interrelación.

Fuente: <http://medicinaancestral.com.ar/>

(*) Jeremy Narby, PhD, creció en Canadá y Suiza, estudió historia en la Universidad de Canterbury, y recibió su doctorado en antropología de la Universidad de Stanford.

Es autor de The Cosmic Serpent: DNA and the Origins of Knowledge (Tarcher/Putnam, 1998).

Artículo extraído de Noetic Sciences Review, Vol. 48, Summer 1999 pages 16-21. Traducción de Claudia Melissen